



TARDE CUADRAGÉSIMACUARTA.

DE OTRAS ENFERMEDADES DEL ENTENDIMIENTO QUE LE
VIENEN DE AFUERA, DONDE SE TRATA
DEL ARTE CRÍTICA.

§ I.

De las preocupaciones que nacen de los sentidos.

TEOD. — Venid, Silvio, que hoy habeis de impacientaros mucho; porque no solamente tomo el oficio de médico sino tambien el de cirujano, y tengo que hacer varias anatomías é incisiones que os podrán doler, por tocaros tal vez en partes muy sensibles y delicadas.

SILV. — Ya estoy bastante acostumbrado á eso; pero ¿qué anatomías son las que decís? Dejémoslos de metáforas. ¿Qué materia teneis hoy preparada para la conversacion?

TEOD. — Descubrir el origen de las enfermedades que vienen de afuera á nuestro entendimiento, cuyas raices principalmente son dos: una que está en

nuestro cuerpo, otra fuera de él. Las enfermedades que ayer examinamos son propias de nuestra mente, la cual hierra, y cae unas veces por tenaz, y otras por ligera y precipitada, á impulsos de las pasiones de cada uno. Hoy trataremos de aquellos achaques que nacen, no del entendimiento sino del cuerpo; esto es, de los propios sentidos, y tambien de las enfermedades que tienen su origen en los otros hombres. Y en cuanto á los propios sentidos ellos son los que mas nos engañan y hacen creer mil falsedades, y con gran firmeza, que es lo peor.

EUG. — Yo estoy asombrado, y no sé de quién fiarme; pues hasta mis propios ojos decís que me engañan, y que me engañan mucho.

SILV. — No dudeis, Engenio, de lo que Teodosio os dice, porque es cierto que muchas veces no reparamos bien en las mismas cosas que nos parece que vemos y oimos: otras veces estamos muy distantes, y no alcanza allá nuestra vista, y fácilmente nos parece que es hombre lo que en realidad es un bruto que anda paciando por los campos. En aquello que nos persuaden nuestros ojos, estando sanos y á proporcionada distancia, y haciendo nosotros reflexion, en eso no puede haber engaño; pero en lo que vemos precipitadamente y con poca consideracion, ó cuando los sentidos están indispuestos, en eso sí que lo puede haber. Vos teneis un criado que cuando yo le curaba de la ictericia, me decia que todo cuanto veia le parecia amarillo. Ved aquí un caso en que los propios ojos siempre mienten.

TEOD. — No solamente en esos casos suelen nues-

tros sentidos engañarnos. A veces por mas reflexiones que hagamos, aun estando los sentidos sanos y en toda su perfeccion natural, si la advertencia agena no nos hace suspender el juicio, caemos miserablemente en errores. Probaré lo que digo con ejemplos. Mirad al cielo en una noche clara, reparad bien, y vereis que el cielo parece azul, y que tiene figura de bóveda, y todo eso es engaño, como ya os lo hice manifesto. Vereis que la luna es brillante y mas luminosa que las estrellas; que es mayor que ellas, y poco menor que el sol; y ya visteis que todo era engaño. Vereis que Venus es redonda ó de figura de estrella; y es engaño, porque tiene la misma figura que la luna. Vereis que en las conjunciones es mucho mayor, y se aumenta su luz; y es engaño, pues entonces está mas menguada, y semejante á la luna en el tercer día despues de nueva, como ya os mostré evidentemente.

EUG.— Así es, bien me acuerdo; y tambien de la razon porque eso era, y debia ser así.

TEOD.— Todavía mas: ¿quién, á gobernarse por los sentidos, no creerá que el sol es mucho mayor que cualquier estrella? Siendo esto absolutamente incierto y muy facil que *Sirio*, ó el que llaman *Can mayor*, esceda al sol en tamaño. ¿Quién, si da crédito á sus ojos, no se persuadirá á que el sol, la luna y las estrellas estan engastadas en esa bóveda azul que nos cubre por todas partes? y sin embargo es un engaño muy grande.

SILV.— Ahí nace el engaño de la enormísima distancia á que están esos objetos.

TEOD.— ¿Y quién me determinará cual es la dis-

tancia cierta, á la cual, si estuviere el objeto, pueda yo fiarme de mis ojos? Para un espíritu escrupuloso siempre está en pie esta duda. Pero pasemos adelante. Bien cerca de mí está cualquier vidrio pulido, y lo veo muy bien, y lo palpo para que el sentido del tacto confirme el de la vista, y juzgo que es muy liso; y con todo eso es engaño, pues las moscas y otros insectos hallan en él muchas prominencias y concavidades donde se agarran y prenden, teniendo los pies hácia arriba sin caer; y fuera de eso sé de cierto que los polvos con que se pule el vidrio forzosamente han de hacer y dejar en él infinitos sulcos. Luego ya puedo engañarme en lo que veo con mis ojos y palpo con mis manos, aun estando los sentidos sanos y perfectos, y los objetos cerca de mí. Mas: bien cerca de mí están los granos de la arena, y veo que son redondos, y es engaño, como lo manifiesta el microscopio: bien cerca de mí están vuestras manos, que me parecen muy lisas, y si se miran con cualquier lente convexa, poniéndolas en su foco se ven mas ásperas y toscas que las del mas rústico cavador.

SILV.— Ya me habeis dado que reir una tarde con eso.

TEOD.— Bien cerca tengo yo aquel vaso de agua llovediza, la cual veis que está clarísima, y que no tiene nada; y Eugenio vió conmigo la primera tarde en ella mas de diez mil gusanillos nadando, que los observamos con el microscopio. Bien cerca estamos de las embarcaciones ancladas cuando nos paseamos por el rio arriba en el esquife; y cuando él va á la vela y seguido, nadie, si diere crédito á los

ojos, dudará que los navíos desarmados corren hácia abajo, siendo eso en realidad engaño é imposible, pues nosotros somos los que vamos hácia arriba. En fin, siguiendo el sistema copernicano (que en el dia todos confiesan ser posible, y no tener nada contra la esperiencia, como ya os mostré), ¿quién dejaria de persuadir á que el sol se movia, y la tierra estaba quieta? y todo eso en dicho sistema es falso, pues la tierra es la que se mueve como un gran navío, sin que lo perciban los que desde su nacimiento siempre navegaron en él. No digo yo que suceda así, que ahora no trato de ese punto, solo digo que si fuera así, como todos hoy convienen en que puede ser, todos, fiándose de los ojos, y hallándolos conformes unos con otros, y viendo que la esperiencia de todos los demas hombres confirmaba la suya, creerian que la tierra estaba quieta, y con todo eso todos se engañarian.

EUG. — Bien avisados estamos: ¿y quién será capaz de librarse de tantos engaños?

TEOD. De los otros sentidos aun con mas razon podemos desconfiar, porque los ojos son los que suelen tener mas crédito: ¿qué engaños no recibimos por los oídos? ¡Cuántos á cada paso se engañan con el *eco*!

EUG. — A los hombres con los ecos les sucede lo que á los monos con los espejos, los cuales se persuaden á que el objeto pertenece á aquella parte de donde les viene el sonido ó los rayos de la vision.

TEOD. Ahí teneis otro argumento mas del engaño de los ojos. Pues de este modo es como podemos examinar la persuasion de los ojos, los cuales en

los monos no son mas defectuosos que en nosotros; y si ellos se engañan mas es porque en nosotros la razon y esperiencia nos desengañan; pero en cuanto á la persuasion de los ojos, en los monos y en nosotros la razon es la misma, y seria igual el engaño que nos causarían, si la esperiencia y la razon no nos preservasen ó hiciesen cautos.

EUG. — Pasmado estoy de tanta falsedad en lo que mas crédito me llevaba hasta aquí.

TEOD. Vamos á los demas sentidos. El olfato; cuánto no nos engaña, siendo un mismo cuerpo para uno oloroso y para otro fétido! Lo mismo es del gusto: muchas veces tiene un hombre por suave y bueno un manjar, que otro juzga muy desabrido. Todos hallan faltas en los guisados; pero de los mismos sentidos nacen esos diversos efectos, y se engaña quien los atribuye á los objetos. Vamos al tacto, que es en el que muchos se fian mas.

SILV. Por lo menos Santo Tomas á él apelaba en sus dudas pretendiendo ver y palpar.

TEOD. Pues tambien el tacto nos engaña diez mil veces. Si teniendo la mano fria la meteis en agua tibia, juzgareis que está caliente; y si meteis la mano mas abajo, dé suerte que entre el brazo en el agua, ciertamente os parecerá fria.

EUG. — Esa es la quimera que yo tenia algun dia con mis criados cuando me preparaban el agua para el baño: ellos la probaban con la mano, y protestaban que estaba caliente; iba yo á entrarme, y siempre la hallaba fria, y me estremecia todo.

TEOD. — ¿Y no atinais con la causa?

EUG. — Ya me la esplicásteis en otra ocasion,

diciendo que como la piel del brazo está siempre defendida con el vestido conserva mayor calor que el del agua tibia, y por eso ha de hallarla fria; y como la mano de ese brazo, porque anda espuesta al aire, suele estar fria, y mas fria que el agua tibia, por eso forzosamente la ha de hallar caliente, y aquí está el origen del engaño.

TEOD. — Id ahora, Silvio, y fíaos de vuestro tacto, y decidme si creereis que el agua está fria y caliente á un mismo tiempo, ó decidme cuál de los dos tactos miente, el de vuestra mano, ó el de vuestro brazo. Cualquiera de ellos que mienta nos prueba lo que vamos diciendo. Por lo cual, Eugenio, tomad este importante dictamen: *Debemos hacer gran reflexion para no engañarnos con nuestros sentidos, aun estando ellos sanos, bien dispuestos, y á distancia competente* (proposicion veinte y cuatro). Donde se ve que no apruebo la regla que da Fortunato de Brixia en su *Arte crítica*¹, y el gran Vernei² y otros: *Que todo cuanto los sentidos sanos y bien dispuestos uniformemente nos persuaden es verdad*, porque se falsifica con los ejemplos que dejo alegados, donde no hay milagro alguno, ni cosa que invierta las leyes de la naturaleza. Y hablando absolutamente, aun es mas falsa, mirando á lo que sucede en el misterio de la sagrada Eucaristía, porque todos los sentidos sanos y bien dispuestos uniformemente nos persuaden que allí hay pan y vino, y nos engañan, pues la fe nos enseña que no

¹ Número 338.

² In logic. pag. mihi 200.

hay allí pan ni vino, sino el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo.

SILV. Pues si eso es así, ¿por qué me habeis quebrado tantas veces la cabeza con vuestras esperiencias, que todas no tienen mas fiador que el testimonio de los sentidos?

§ II.

De los engaños que las esperiencias de la física pueden ocasionar.

TEOD. Viene á tiempo la réplica, y me alegro de ella para daros la respuesta. No todas las esperiencias falsas merecen crédito, y mucho menos tienen aquella seguridad que el entendimiento cuando está deseoso de la verdad debe procurar en sus juicios. Voy á contaros una historia, que os ha de escitar la risa; pero es verdadera. Cierta filósofo (uno de los grandes hombres entre los peripatéticos) entró en la duda de si los cuerpos de diversa gravedad específica caian con igual velocidad, y para salir de ella fue á tentar la esperiencia. La resolucion era de alabar; pero ved el grande aparato y exactitud de la esperiencia. Toma los primeros cuerpos que encuentra á mano, que eran una pluma y una corteza de pan; llégase á la ventana, que no era muy alta; suéltalo todo á un tiempo, y ve (dice él) que todo llega al suelo tambien á un tiempo; y sin mas examen se retira adentro, siéntase en la silla, y escribe como teorema matemáticamente demostrado,

que todos los cuerpos, aunque fuesen de muy diferente gravedad específica bajaban con igual velocidad. Ahora bien, supongo que os acordais de las esperiencias que visteis en contrario, y que conoceis que esto en el dia es una como heregía en materia física.

EUG. — Bien me acuerdo de que quedó sentado entre nosotros lo contrario, y que se comprueba con unas esperiencias bastante exactas.

SILV. Ya tenemos esperiencia contra esperiencia.

TEOD. Eso no puede ser, porque la verdad no es mas que una : Silvio, para que las esperiencias no nos engañen conviene que concurren en ellas cuatro circunstancias : la primera de la *persona*, la segunda del *modo*, la tercera del *tiempo*, y la cuarta de la *intencion* con que se hacen : por cualquiera de estos capítulos nos puede venir error, y quedar autorizado con las esperiencias. En cuanto á la primera circunstancia : *la esperiencia debe hacerse por persona inteligente en la materia* : las personas que no lo fueren no pueden reparar y precaver mil caminos por donde puede entrar el engaño. Un hombre ignorante, ó aunque sea muy instruido en otras materias, novicio en esto y sin práctica, reflexion ni estudio, ¿qué casta de esperiencia podrá hacer si no tuviere mucha cautela y advertencia? Además de eso : *debemos en la esperiencia usar de instrumentos exactos y no genéricos é impropios*, porque muchas veces de los mismos instrumentos proviene el engaño. ¿Cuántos errores no hemos tenido en la geografía, que se han enmendado y se van corrigien-

do cada dia, los cuales por la mayor parte nacieron de que los instrumentos no eran en otros tiempos tan exactos como ahora son? La tercera circunstancia es del tiempo, porque *la esperiencia física para que podamos fiarnos en ella debe ser hecha despacio, y repetida muchas veces* : una vez sola podía ser casualidad ; pero siendo la esperiencia repetida muchas veces, y sucediendo siempre un mismo efecto, mayormente si la hacen diversos hombres inteligentes, y siempre con la debida atencion y cautela, ya entonces esto da gran fundamento para tenerla por verdadera.

SILV. — Todo podrá ser así ; pero la intencion, que es la última circunstancia que pedís, esa la reputo por escusada : sea mi intencion la que fuere, siempre la esperiencia ha de mostrar la verdad.

TEOD. — Estais engañado, porque la intencion ofusca mucho, y hace ver lo que no hay : es gran desventaja el ir yo á buscar esperiencias para probar lo que quiero que ellas acrediten, porque ya el juicio no entra libre, y, segun el adagio, *pensaba el ciego que veía, y pensaba lo que quería*, nada hay mas facil de ser engañado que nuestro entendimiento cuando ya está propenso á creer una cosa : quien ya va á caer, con el mas leve impulso se precipita. Por eso algunos hombres ingeniosos cayeron en errores estravagantes, como el de decir que en el cielo se podian leer los decretos de la fortuna, usando de los caracteres de las estrellas¹, y les parecia que

¹ Véase á Orígenes, Plotino, Reulino, Pico Mirandulano, Enrique Cornelio Agripa, Blas Vignero y Atanasio Kirker.

leian allá arriba todos cuantos hechos la imaginacion queria pintarles. Pero dejemos esta estravagancia, y vamos á la hipótesis de que se vió lleno el mundo en el penúltimo siglo. Todas cuantas hipótesis se establecian hallaban apoyo en las esperiencias físicas: vino el grande Newton, y manifestó que todo era falso, y el error estaba en que la preocupacion de tal suerte hacia ver y aplicar las esperiencias, que probaban lo que cada uno queria. Ved aquí, pues como de dos modos nos puede engañar la *opinion anticipada*: el uno, porque no deja el juicio libre para ver bien lo que sucede, examinando como debe ser todas las circunstancias á ver si se engaña: el otro, porque se infiere lo que no se debe inferir; de suerte que por lo comun el experimento es verdadero; pero la consecuencia que de él sacamos no es bien sacada.

EUG. — Ponedme algunos ejemplos, que estoy en esa posesion.

TEOD. — Hizo cierto filósofo ó químico¹ una esperiencia, en que determinada mezcla de limadura de hierro con azufre metida debajo de la tierra al cabo de cierto tiempo se inflamaba, y la hacia temblar: hasta aquí es verdad. Infieren de aquí muchos; luego todas las veces que la tierra tiembla procede el temblor de semejantes minerales que se mezclan; y esta consecuencia no es buena, porque otras muchas cosas pueden concurrir para hacer temblar la tierra. Pongamos otro ejemplo, que aclarará el asunto. Tiene un peripatético creido este punto,

¹ Lemery.

que es casi dogma en sus escuelas (y ahora es dogma todo lo contrario), *que la naturaleza tiene horror al vacío*, y hace cuatro esperiencias sobre la subida del agua en la jeringa y en la bomba etc., y sin la menor duda cree que realmente hay en el mundo este horror del vacío, y que las esperiencias cotidianas lo comprueban. En las esperiencias no hay duda; pero el error está en la consecuencia que se saca de ellas: debiéndose atribuir, como ya os mostré, al peso del aire eso que se atribuia al imaginario horror del vacío. Las esperiencias físicas, amigo Eugenio, prueban bien una proposicion cuando aquellos efectos no pueden proceder de otra cosa sino de la que se apunta, lo cual se conoce fácilmente cuando con madurez se atiende á todas las circunstancias con que se hacen las esperiencias.

SILV. — A la verdad confieso que todas esas reflexiones han de ser de suma importancia para la práctica; pero las hallo algo impertinentes. El que se ponga á seguir todos esos dictámenes muy poco andará hácia adelante, teniendo que suspenderse á cada paso.

TEOD. — Para no tropezar y caer siempre fué consejo prudente y preciso caminar despacio, y mirando con reflexion hácia todos lados. Yo no enseñé á Eugenio á correr en el camino de las ciencias, lo que quiero enseñarle es á no tropezar; este es mi intento.

EUG. — Eso es lo que yo deseo: reducidme, pues todo eso á alguna máxima que conserve en la memoria, para aprovecharme de ella á su tiempo en las esperiencias físicas.

TEOD. — Pues observareis este dictamen : *las experiencias físicas para merecer crédito deben ser hechas por personas inteligentes, con instrumentos propios y ánimo desinteresado, y además deben ser repetidas* (proposicion veinte y cinco). De todas las cláusulas de este dictamen os dí ya razon. Si lo despreciáreis, muchas veces el error os engañará, viniendo cubierto y autorizado con la hermosa capa de las experiencias físicas, como ha sucedido á muchos, cuyo entendimiento padece el achaque de *creer de ligero*, y en oyendo el nombre de experiencia física al instante bajan la cabeza, y se someten, creyendo cuanto se les dice como cosa indubitable. Este es achaque, Eugenio mio : usad, pues de este remedio para preservaros de él.

EUG. — Como nada aprecio mas que la verdad, haré lo posible por resguardarme de esas enfermedades del entendimiento que hacen trocar la verdad por el error.

§ III.

De otro achaque del entendimiento, que es creer en cualquier autoridad, y primeramente de la autoridad del vulgo.

TEOD. — Curada ó precavida esta enfermedad del entendimiento, es menester librarle de otra no menos dañosa, que es la misma deferencia á cualquier autoridad.

SILV. — Los sugetos de índole docil y sincera son los mas propensos á este achaque.

TEOD. — Por eso conviene prevenir á Eugenio; y llevando la materia metódicamente, debemos establecer dos principios, de los cuales se deriva como consecuencia todo lo que en esta materia he de decir : como la autoridad de cualquier persona se funda en que ni esa persona esté engañada en si, ni nos quiera engañar á nosotros, debemos establecer estas dos máximas fundamentales.

1^a *No merece crédito el dicho de persona alguna cuando dudamos si quien lo dijo se engañó* (proposicion veinte y seis.)

2^a *No merece crédito el dicho de persona alguna cuando dudamos si esa persona nos quiso engañar* (proposicion veinte y siete).

La razon es bien manifiesta ; pues sea que la persona se engañe á sí, sea que me quiera engañar á mí, ya es falso lo que me dice ; y por consiguiente dudando yo de cualquiera de estas cosas queda dudosa la verdad.

EUG. — Estoy en eso, y creo que en eso todo el mundo está y estuvo siempre.

TEOD. — Puesto esto, vamos á examinar una por una las autoridades que suelen hacernos caer en muchos errores, y en primer lugar venga la del vulgo. Es increíble la fuerza que esta autoridad tiene sobre la gente no cultivada con los estudios.

SILV. — Válense del proloquio : *Vox populi, vox Dei.*

TEOD. — Algunos truecan ese proloquio, y dicen : *vox populi, vox diaboli* ; pero lo cierto es, que ni uno ni otro es verdadero generalmente. Cuando todos los de diversas gerarquías, genios y profesio-

nes etc., concuerdan siempre en decir una misma cosa, regularmente hablando, parece difícil que yerren: por eso dicen unos que esa voz es voz de Dios. Sin embargo, como el pueblo se compone de gente ignorante, tumultuaria y sin prudencia, muchas veces se ve que corre ciegamente tras lo que una vez aprendió verdadero, y desbarra torpemente: por eso dicen otros que la voz del pueblo es voz del diablo. Las circunstancias son las que nos deben hacer digna ó de atención ó de desprecio la voz del pueblo. De ordinario la autoridad del vulgo es una de las mas fecundas raices de los errores que traemos desde la niñez. ¿Cuanto nos cuesta arrancar del ánimo de un hombre la idea que tiene del *hado*, de la *desgracia*, del *signo*, y de aquel tan celebrado *habia de ser*? Todas estas son unas ideas de errores generales y perniciosísimas que tenemos en el ánimo únicamente fundadas en la autoridad del vulgo. Siempre oímos hablar de *signo*, de *hado*, de *desgracia* etc., y creemos firmemente que hay *hado* y *signo*, y que por eso cree el vulgo que unos hombres son inesperadamente felices, otros sin remedio desgraciados.

EUG. — ¿Pues qué, negais vos que hay signo en el mundo?

TEOD. — ¿Veis, Silvio, como Eugenio estaba persuadido de este engaño comun desde su infancia? Eugenio, no hay *signo*, ni *hado* ni *desgracia*: todo eso son palabras vanas é ideas fingidas y de paganos; lo que hay es solamente la *providencia de Dios*; el cual, mirando con suma advertencia y cuidado á todas las criaturas y sus acciones, determina

para unos trabajos, y felicidades para otros. Cuando, pues, vemos que á pesar de todas nuestras diligencias ú obstáculos va siempre continuando en perseguir á un hombre cierta serie de infelicidades y trabajos, debemos creer que esta es especial providencia del Señor, el cual constantemente va conduciendo la criatura al fin que tiene destinado por los medios que juzgó oportunos; y que perseverando en sus fines y en sus medios, no muda de sistema con nuestros ruegos, ni se deja vencer de nuestras fuerzas y diligencias.

EUG. — Ahora ya quedo libre de esos yerros que tuve siempre desde mi niñez.

TEOD. — ¿Y qué me direis de la pésima crianza que los padres acostumbran dar á sus hijos, entregándolos á amas y criados de poco juicio y ninguna instruccion, y á veces tambien de perversas costumbres? De aquí forzosamente nacen mil errores, de los cuales mientras Dios no nos da especial luz no solemos dudar, estando firmes en que son verdades ciertas; y si queremos examinar en qué fundamos nuestro asenso, vemos que no tiene mas apoyo que el haberlo oído siempre así á nuestra ama y criados con quienes vivimos, que siempre son pueblo y bajo pueblo. Aquí entran los días que llaman *aciagos*, esto es, propios para desgracias, como muchos dicen que son los viernes, y aquí corresponde tambien la diferencia del pie derecho al izquierdo, teniendo por mal agüero entrar en una casa con el pie izquierdo. Aquí debemos poner el miedo que tenemos de cosas malas en los lugares oscuros, como si el demonio temiera la luz de la vela, y no pu-

diese aparecer tanto de día como de noche. Igualmente debemos contar el error comunísimo de que el *corazon adivina* : error de que hoy estan tenazmente poseidos muchos hombres de juicio.

SILV. — De los que estan en esa persuasion yo soy uno ; y no me quitareis eso jamas de la cabeza.

TEOD. — No es aquí el lugar propio de hacerlo ; solo de paso puedo preservar de ese error á Eugenio, cuya instruccion es la que me pertenece.

EUG. — Y debeis no solo preservarme, sino curarme ; porque si esa es enfermedad de mi juicio, os digo que desde niño me siento con ese achaque.

TEOD. — De la mala crianza de los padres y las amas viene ese mal. Pero decidme : ¿ cómo podrá el corazon adivinar si no conoce? Y aun tomando el corazon por nuestro ánimo y espíritu, ¿ cómo lo que está por venir podrá causar cualquier disposicion del ánimo, si ni Dios me lo dice, ni el demonio ni criatura alguna lo sabe para comunicarlo á mi ánimo?

SILV. — Así sale por la razon ; pero la esperiencia comun é infalible es bastante prueba en contrario sea como fuere.

TEOD. — No puede haber esperiencia que tal pruebe : y aquí debemos tener la cautela que poco antes dije de las esperiencias físicas. Primeramente esa esperiencia es del vulgo, que no sabe reparar en lo que debe : ademas de eso, siendo ciertas las esperiencias que alegan no saben inferir lo que dicen. Todo el fundamento de esto está en una co-

mo cadena de sucesos tristes, que sobrevinieron á cierta melancolía natural que teniamos en el corazon ; y cuando se verifica el tal suceso triste todos dicen : *¡ Ah que bien me adivinaba el corazon !* Todos oyen esto, nadie lo contradice, y todos van creyendo sin poner la menor duda. Habiendo ya en nuestro ánimo esta creencia, cualquiera suceso funesto que casualmente sobreviene despues de alguna tristeza se atribuye á esta presagiosa noticia del corazon ; y quedamos sumamente firmes en que el corazon adivina. Para que este argumento tuviese alguna apariencia de fuerza era preciso probar que nunca venia aquella melancolía al corazon, sin que despues se verificase algun suceso funesto ; y esto es falsísimo ; pero como nadie hace tanto reparo en la tristeza cuando no se sigue el suceso triste, no hacemos memoria de ello. Pongamos ejemplo : pasáronse en un año 563 dias en que no me quebré pierna, ni brazo, ni se me saltó ojo, etc., y en un solo dia del mismo año me sucedió alguna de estas desgracias : noto puntualmente este dia siendo uno solo, y dejo en blanco los 564 en que nada triste me acaeció, ni me ocurrió jamas notar tal cosa. Así es en nuestro caso : si se siguieron cuatro sucesos funestos á alguna natural melancolía, son notados con gran cuidado ; y si cuarenta veces tuve melancolía sin que despues sucediese algun caso triste, no reparo en eso, ni tal tomo en la boca. ¿ Pues no es una inconsecuencia reparar en cuatro sucesos, y no reparar en cuarenta ? Fuera de eso, ¿ cuántos sucesos tristes vienen despues de una grande alegría ? Muchos ; de manera que es sentencia del Espiritu

Santo, que *al fin de la alegría acostumbra venir la tristeza*¹; y con todo eso no basta ver allí claramente que el corazon no adivinó para quitarle esa falsa posesion, cuando basta uno ú otro suceso para darle la ridícula é imposible prerogativa de adivinar. Esto solo podria ser por milagro y obra de Dios, y en algunos casos por arte diabólica. Pero el persuadirse de la natural adivinacion, es un error solo disculpable en niños, porque solo para con ellos tiene autoridad el vulgo.

EUG. — Veo que teneis razon; y prácticamente voy conociendo que no basta á una persona no tener jamas duda de una cosa para que ella sea verdadera.

TEOD. — No conviene hacer esta instruccion muy difusa: por eso no os apunto mas ejemplos. Concluyamos, pues, aquí con este oportuno dictamen: *no debemos hacer caso alguno del dicho del vulgo* (proposicion veinte y ocho). La razon es, porque el vulgo muy fácilmente se puede engañar á sí; y segun la máxima que hemos puesto arriba, cuando hay este peligro no hay autoridad que merezca crédito. Pasemos adelante.

§ IV.

De los errores que nos vienen de la autoridad de los doctos.

EUG. — Es cosa para asombrarse ver cómo por

¹ *Extrema gaudii luctus occupat.* Prov. XIV, 15.

todas partes estamos cercados de enemigos de la verdad, porque los errores del vulgo entran en todo, y desde la niñez acompañan á un hombre que no tiene estudios hasta que le dejan en la sepultura.

TEOD. — Tambien los que tienen estudios padecen sus achaques en el entendimiento, de los cuales son causa los mismos estudios. ¿Cuántos errores no he tenido yo en la cabeza, fundados en la autoridad de los doctos, y cuántos tengo aun y tendré hasta el fin de mi vida sin conocerlos? Aquel es dichoso que tiene menos, pues ninguno hay que absolutamente esté libre de este mal. Advierto, pues, desde el principio dos cosas para mayor claridad: la primera que no hablo sino de la autoridad puramente humana, porque la divina bien podemos estar seguros de que no nos inducirá á error, pues ni Dios como infinitamente *sabio* se puede engañar, ni nos puede engañar á nosotros siendo como es infinitamente *bueno*. La segunda cosa que advierto es, que yo no desprecio la autoridad humana, porque entonces seria loco rematado; solamente digo que la autoridad humana suele ser ocasion de que creamos muchas cosas sin llamarlas á maduro examen, y por eso admitimos muchos errores, que no admitiríamos si no fuera por la honrada capa de la autoridad humana con que se cubrieron. Estos son como enemigos disfrazados que buscan vestidos de amigos, para que viniendo así cubiertos puedan entrar en nuestra casa sin que les pregunten quienes son. Digo, pues, Eugenio, que *la autoridad puramente humana, ya sea de algun hombre insi-*